





ZONA literaria 2

El *Reverbero* 2416
13-460-93
(Imp!)
#2-3

HACIA ARRIBA

Por Charles Bukowski.

Estaba sentado en un tabúrc del 8-Count, sin pensar en nada particular, como por ejemplo qué hacer allí bebiendo whisky con agua. Quizás fue porque Marie se paraba todo el tiempo protestando porque yo quería ir a clases de vuelo. Aunque ella siempre estaba protestando por algo. No me malinterpretes, ella era una o una más o menos buena, pero el mundo está lleno de chicas más o menos buenas y mira dónde estamos siempre sentados en el último segundo de cada minuto. Bueno, ya se sabe. De todas formas, era tarde y yo estaba sentado junto a aquel tipo mayor que llevaba un jersey de cuello vuelto naranja y pantalones cortos. De vez en cuando me miraba y sonreía, pero yo no le hacía caso. Naturalmente no tenía ganas de conocer ninguna construcción típica de barra. Quería decir que cuando se está sentado sobre el último segundo de cada minuto, lo mejor es evitar las sonreídas. El tiempo es oro, ¿no? Pero aquel tipo no pudo aguantar más. Por fin habló y me habló a mí.

—Puedes preocuparte por algo, dijo.

—¿Algo? comentó.

—¿Qué te pasa? preguntó.

Lo miré. Era uno de esos tipos de ojos realmente justos. Uno sentía ganas de estirar el brazo y separarlos un poco.

—¿Quieres volar y no sé?

Y... ¿por qué no?

—¿Que por qué no? ¿Porque primero tengo que ir a clases?

—Yo sé volar, dijo el viejo, me he ido a clases. Hece años al cuarenta para que me enseñen a volar con agua pura y me enseñan para el viento. Busca bebiendo cerveza de barril. Quizás tengas eso lo que he habido puesto los ojos tan juntos, la cerveza joven y barata.

En difícil creí que de que sabes volar sin haber ido nunca a clases, dijo.

—Puedo controlarlo, si quieres escucharme, sugirió.

—Supongo que no me queda otra salida, ¿no? pregunté.

Sonrió.

—Bueno, dijo, mecido dudando, ségame con.

De todos modos no había ninguna mujer en el bar y no había nada en la televisión excepto el nuevo presidente, sonriendo levemente, con un tic en la cabeza algo demencial, que insistía ser una buena persona, como el presidente anterior, y había de algo que había salido mal pero decía que, de todas formas, ahora todo iba bien.

—Empoco, empecé diciendo el viejo, cuando yo tenía alrededor de cinco años. Un sábado por la tarde, estaba sentado en mi habitación y los coros niños se habían ido a jugar por ahí y mi padre se había ido.

—Y descubriste que tenías poder?

—Oh, no, eso pasó mucho tiempo después. Dejéme continuar, por favor.

—Claro, claro.

—Yo estaba sentado en mi cama, mirando por la ventana hacia el patio. Mis pensamientos eran inconscientes, apenes elaborados.

—Empezaste pronto.

—Sí, eso es lo que estoy intentando contarte. Yo estaba allí sentado y se me pasó una mosca en la mano. En la mano derecha.

—¿Ah, sí?

—Sí, era una mosca particularmente fría, gorda, apocasmática, honesta. Agité la mano para que se fuera. Se alzó dos o tres centímetros, se puso a zambor y entonces, con un sutil do realmente horrible, voló a aterrizar en mi mano y me picó.

—No me jodas.

—Sí, así fue, capicé la mosca y se puso a volar que la habitación, girando y haciendo un ruido furioso y penetrante. La mano me dolía muchísimo. Yo no tenía ni idea de que una picadura de mosca pudiera ser tan dolorosa.

—Oye, se dijo al viejo, tengo que irme a casa. Tengo una mujer como tú y me hecho y me salta encima.

El tipo actuó como si no hubiera oído.

—De todos modos, yo odiaba aquella mosca, se volvió pendiente falta de miedo, se apropiaba de la mano, se movió bastante ignorante.

Lo que necesitabas era un mazacoteo.

—Consulte en absoluto para darte, para quitarla de en medio. ¿Cómo odiaba aquella mosca? Sentía que no tenía derecho a actuar así. Yo quería matarla porque sentía que, en esencia, ella quería matarme a mí.

—Todo está permitido en el amor y en las moscas.

—Observé la mosca. La ve posarse en el techo, luego andar cabeza abajo. Se sentía tan vieja y tan superior. Me acordé a aquella mosca que volaba de un lado a otro en el momento cada vez más furioso. Tanto, que intenté apagarla con la mano. Ella se giró muy profunda de mi mano con una terrible intensidad, de destruir aquella mosca. Empecé a temblarme todo el cuerpo, a vibrar. Entonces sentí como si mi cuerpo se cargara de electricidad y luego una explosión de luz blanca.

—¿Si que te despertó esa mosca?

—Y entonces sentí que mi cuerpo se elevaba, se elevó. VÁLID! Floté hacia el techo, mi mano salió disparada y agité aquella mosca con la palma de la mano. Estaba sorprendido por la velocidad de la acción. Y entonces sentí que, lentamente, era devuelto al suelo y depositado ahí.

—Y qué pasó entonces, abuelo?

—Fue al cuento de hadas y me lavé las manos. Después salí y me senté sobre la cama.

—Supongo que los amigos no habían vuelto a moverse contigo después de eso.

—No, no lo han hecho. Pero mientras estaba allí sentado en la cama, intenté volar una vez y no pude. Lo intenté una y otra vez pero no pude.

—¿No será que necesitas una picadura de mosca para que se te encienda el cohete?

—Intenté volar una y otra vez, me esforcé todo lo que pude, pero no hubo caso. Yo sentí que había pasado realmente, pero después de un rato empecé a pensar que quizás lo había imaginado, que quizás había enloquecido durante algunos momentos.

—¿Y cómo te sientes ahora mismo?

—Oh, estoy muy bien, e incluso me invitaré otra copa.

—Otra copa? Poses en aquello. La primera no la había pagado, ¿pero tal vez era sólo cuestión de costumbre?

—Muy bien, dijo.

Así que llegamos las bebidas y nos quedamos allí sentados, sin hablar. Una vez comencé a un tipo en un bar que afirmaba que se comió su propio codo, así que de las cosas en general yo aceptaba bastante y descartaba bastante.

—¿Porque el viejo impactó una vez?

—Bueno, después de cierto tiempo me olvidé de todo el asunto, pero entonces me volví a pasar.

—¿Te pasó otra mosca?

—No. Era el último caso en el colegio, en Ohio. Yo era del primer año de novena, fue el último partido de la temporada y yo estaba allí porque el chico que jugaba de titular estaba lesionado. Pero había algo importante, repentinamente nos enfrentamos a los chicos rivales, unos imbéciles ricos de la parte superior de la ciudad. Venían con más importancia para nosotros que tirar, y eso que nunca o muy rara vez tirábamos porque aquellos richachones siempre andaban agarrándose a nuestras chicas. Venían en el campo de juego en la última forma en que podíamos tomarlos la evidencia. Solíamos ganar con eso noche y día. Significaba todo.

Bueno, pensé, ahora pasaremos de odiar las moscas a odiar los seres humanos. Ambos son difíciles de derrotar.

El partido estaba en su momento clave. Perdimos por 21 a 36 y quedaban sólo 30 segundos y ellos estaban a 12 metros de nuestra línea de meta. Podían ganarnos sin a riesgo, con sólo hacer tiempo, pero lo que querían era mostrar. No los bastaba con tirarse a nuestras chicas, querían marcarlos otro tanto.

—Demorados.

—Sí. Así que el quarterback, retrocede para tirar, es un verdadero capullo, tiene un Cadillac amarillo, entonces lanza el balón haciendo una espiral, uno de nuestros defensas lo toca con la punta de los dedos en la línea de meta y el balón sale volando en el momento en que pisan el final del partido. Yo estaba en el área de meta porque me habían empujado y me había caído y cuando me estaba levantando vi el balón viniendo hacia mí. Lo toqué y empecé a correr. Fui muy lentamente odiado por los ricos. Comenzaron a exultar. No puedo hacer nada. Venían hacia mí. Todos esos tipos que han estado acostándose con nuestras chicas.

ZONA DE CONFIANZA

¿TU NO SABES LO QUE ES EL AMOR?

(una tarde con Charles Bukowski)

Tu no sabes lo que es el amor, dijo Bukowski. Tengo 51 años, mirarme. Estoy enamorado de esta mujer joven. Estoy agarrado, pero ella también lo está.

No me dejes entrar al terreno difícil, no sé. Me pongo violento. Podría sentirme igual y beber cerveza toda la noche con todos estos tipos. Podría tomar otro paraca y nada, se como agua. Pero déjame entrar en el terreno difícil. Y comenzaré a lanzar tipos por las ventanas.

Raymond Carver

Hacia arriba sin alas. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hacia arriba sin alas. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile